

LA CARIDAD.

SEMANARIO DE CIENCIAS, LITERATURA, TEATROS, COSTUMBRES Y MODAS.

Los productos líquidos de este SEMANARIO se entregarán al Excmo. é Ilmo. Sr. Obispo de la Diócesis para su distribucion entre los Establecimientos de Beneficencia de esta capital.

SUMARIO.

Influencia de los consumos improductivos en el bienestar de la sociedad por D. Juan Nepomuceno Blasco.—**Amor homicida!** poesía, por D. Carlos Frontaura.—**La mano de nieve**, novela, continuacion.—**Deseconsuelo**, poesía, por R. M. B.—**Soluciones á las charadas del número anterior**.—**Charadas**.

INFLUENCIA

DE LOS CONSUMOS IMPRODUCTIVOS

EN EL BIENESTAR DE LA SOCIEDAD.

El lema con que encabezamos este artículo es muy extenso y de grandísima importancia; él comprende una multitud de problemas económicos, políticos y religiosos, cuya resolucion, de inmensa trascendencia en sus resultados, ha ofrecido oportunidad para lucir las galas de su ingenio á muchas y distinguidas capacidades. Limitados nosotros en nuestras aspiraciones, y nada presentuosos, nos hemos propuesto únicamente tratarlo bajo un solo punto de vista, el que nos ofrece el lujo, y este en su influencia sobre la moralidad de las clases menos acomodadas que de él abusan, y á las cuales quisieramos á todo trance retraer de ese extravío social, origen de tantos y tan graves inconvenientes como de ordinario se oponen á la consecucion de su bienestar absoluto y relativo sobre la tierra, llegando á veces hasta á hacerles insostenible su trabajosa existencia.

Entre las varias acepciones en que puede tomarse la idea general de los consumos improductivos, es una, y muy señalada, la de *todo gasto que ninguna utilidad reporta al individuo que lo hace*, y tal es en nuestra opinion el lujo. Mr. Gerard ha definido este diciendo: *es el mal uso de lo supérfluo*, y hay quien sostiene que en siendo lo supérfluo lo que se gaste, la riqueza pública se aumenta. ¿Pero, qué se entiende por supérfluo? Lo que sobra, redundo, ó está demás; y como quiera que para el que vive de su trabajo, y casi lo mismo puede asegurarse del que se halla constituido en una honesta medianía, nunca hay ese demás, es evi-

dente que estos ni deben, ni pueden sacrificarse al lujo, á menos de no arrostrar temerariamente sus penosas y fatales consecuencias. Unas breves y sencillas reflexiones encaminadas á robustecer este aserto, es cuanto ofrecemos hoy al exámen y estudio de los lectores de «LA CARIDAD.»

El matrimonio, bien se le considere como un misterio sublime, que simboliza la augusta alianza de Cristo con su Iglesia, que regenera al mundo, y santifica la fuente misma de la vida; bien como contrato, garantía de union y de fidelidad, que une á los esposos en la juventud y en la vejez, en la buena y en la mala fortuna, en la salud y en la enfermedad, en las alegrías y en los dolores, en la vida y en la muerte, es sin disputa alguna la raíz de las buenas costumbres, el fundamento de la armonía social. Con él se adquiere la certeza moral de la filiacion, se asegura la mejor educacion de la prole y el orden de las familias. En todas las naciones se han concedido privilegios al matrimonio: creyeron que así se multiplicaba, sin contar con las leyes naturales, que no siempre caminan de acuerdo con tales prescripciones. Los encantos del amor, que lejitima la religion y respeta la sociedad, la conveniencia física y moral en el arreglo de la vida y costumbres, el deseo de verse reproducido en una honrosa descendencia, hasta el juego infantil de nuestros hijos, son poderosos alicientes para que atraigan sobre el matrimonio las consideraciones y tendencias de la juventud. Y cuando la naturaleza misma presenta atractivos tan poderosos ¿qué falta hacen los estímulos artificiales y acaso violentos? El hombre que puede casarse, no muere soltero por lo regular; el que por necesidad no se casa, es el mas infeliz de los seres. Cuando el individuo no tiene una propiedad segura, cuando su industria está cargada de tra-

bas, cuando sus productos son impotentes para sufragar las erogaciones estrafalarias de un inmoderado consumo, entonces, ha dicho un filósofo profundo y recto moralista, el celibato es su carrera.

Mientras haya menos casados se aumentará mas la prole ilegítima, y esta es una consecuencia inmediata del lujo y de causas que tienen paridad con él. Entonces, no pudiendo atribuir al corazon ni al consentimiento los males que crea una necesidad funesta, se familiariza la sociedad con el hábito y se enerva la justísima consideracion en que debe tenerse el matrimonio. ¿Y cual es el resultado? El precipicio en que se hunde la virtud, aunque no el corazon.

El lujo es una de las causas primordiales que impiden en nuestro pais la multiplicación de los matrimonios, verdad de cuya autenticidad responden los hechos. Bien puede asegurarse que los matrimonios están casi reducidos actualmente entre nosotros á los dos extremos de la escala social: matrimonios de ricos y matrimonios de pobres; matrimonios de cálculo, de conveniencia, de ajuste; ó matrimonios irreflexivos, de temeridad, de precision. ¡Cuántas jóvenes amables, virtuosas, entendidas, mugeres para un pobre, como suele decirse, permanecen solteras, haciendo lamentable contraste con las hijas de la fortuna! Un joven ardiendo de amores, que frisa su esperanza y su ventura en unirse con honesto lazo á la muger que juzga merecedora de su mano, al tender su vista por el sin número de obligaciones que han de pesar sobre él, retrocede y..... es infeliz. Los placeres fáciles de la disolucion apagan con su ambiente maléfico las antorchas de himeneo y engendran el mas fatal egoismo. Si el honor, compromisos sagrados, ó una esperanza que aviva el interés, le hacen dar un paso adelante, el pan de sus bodas tendrá hiel por levadura. ¡Pobre mozo! sus ojos ven el lujo y la ostentacion y su joven esposa gime en la miseria. ¡Desgraciada muger! otras mas pobres que ella cruzan por su puerta haciendo alarde de galas y preseas..... No: jóvenes de nobles ideas, de puros sentimientos, harán el sacrificio de la virtuosa resignacion; pero quizás un momento de error completará con la seduccion su vida de escaseces. Si el lujo no hubiera creado mil necesidades facticias, que el hábito hace indispensables, es seguro que la muger seria siempre la compañera del hombre; pero en paises de lujo una muger casi se convierte en un mueble de esta clase.

Las consecuencias del lujo no terminan en la seduccion de una muger y en el desconcierto natural de una familia: el arrepentimiento dificilmente tiene cabida en un corazon que encallece al deseo de

la holganza en situacion independiente; y esta es otra especie de lujo, el lujo de las situaciones, el lujo de las gerarquías. La muger, una vez perdida, no se aviene á las faenas del servicio doméstico: muchas desgraciadas antes cubren su frente de oprobio sumidas en torpes relaciones que humillar su cerviz al peso del santo trabajo. No debe ocultarse tampoco que otras causas pueden influir en esos resultados; pero á una filosofía exacta y cristiana le es dado vencer al coloso de abultadas preocupaciones.

No calumniamos, solo relatamos. Ni decimos por esto que en nuestro pais se pasee inhiesto el vicio del adulterio y de la concupiscencia, haciendo vergonzoso alarde de sus afrentosos atavios, como alguno se ha atrevido á asegurar. Los matrimonios no son entre nosotros menos virtuosos que en otras ciudades, cuya sobriedad y modestia tanto se ponderan; las jóvenes aman la virtud y son en general recatadas, pero la mala educacion vicia en muchas sus buenos instintos naturales y el lujo pervierte en algunas sus apreciables dotes.

Que las tendencias de nuestra educacion no dejen de tener parte en fortificar las impresiones deslumbradoras que recibimos desde la infancia, conspirando al resultado que lamentamos, es innegable. Demasiado frecuente es ver por esas calles una muger cubierta con el miserable manton que distingue á la clase menos acomodada de la sociedad, acompañando á un niño lujosamente engalanado; y ese niño es su propio hijo, que impregnado en los hábitos que se le infundieran desde los primeros años, acaso llegará un dia á echar de menos una madre que mas se le asemeje en su exterior.

Los padres de familia que viven de su trabajo y no pueden legar á sus hijos otro patrimonio que un nombre sin mancha y una buena educacion, deben acostumarlos desde sus mas tiernos años á esas ideas de economía, de arreglo y de moderacion en el vestir, que tanto se recomiendan á los ojos de las personas sensatas y reflexivas. ¡Cuánta elocuencia es la de un padre que amonesta á sus hijos! ¡Cuán dulces son sus elogios! ¡que amargos son sus disgustos! El corazon de las niñas, principalmente sensible á estas impresiones, debe educarse antes que su entendimiento: que sean buenas y la sociedad lo será, por que es innegable que ellas hacen las costumbres.

Una madre para no desmerecer tan respetable nombre, ha de pintar á sus hijas en un lienzo imprimado por el buen ejemplo el placer, el sosiego, la dulce satisfaccion de un alma pura, y sobre ese mismo lienzo de hermoso colorido bosquejar en oscura lontananza los sufrimientos, la tristeza, los amargos desengaños del vicio. Aquí una muger

fuerte, en el sentido de los proverbios, venida de lejanas tierras, esposa laboriosa, que trabaja con el consejo de sus manos, que se adorna con los vestidos de la modestia y de la honestidad, y cuyos hijos y esposo se levantarán para predicarla bienaventurada; allí otra de engañosa gracia y vana hermosura, luciente entre oro y seda, que lleva el título de barragana con el baldon en la frente y el remordimiento en el corazón, y á quien la vejez, en pos del fausto y la ostentación, tendiéndole su mano helada, marchita su tez y le señala con el dedo el camino del hospital, donde ha de morir olvidada de sus parientes, que la desconocen, execrada tal vez de sus propios hijos, que al oír su nombre se cubrirán los oídos con las manos, y sin embargo ni aun ellos llevan su nombre..... Esa muger desgraciada que por el extravío de las costumbres públicas acaba sumida en el desprecio, envilecida y deshonrada, pudo educar virtuosamente á sus hijos en el taller de un artesano; esa infeliz que sacrificó al lujo sus primeros años, pudo ser la compañera ó amiga de una señora con el nombre de nodriza, de aya ó de criada; pero señores todos, pero en la holganza todos, pero luciendo todos, y sin querer trabajar ¿cómo puede conseguirse el pan de los pobres?

Y cuales serán los medios que deberán emplearse para evitar las consecuencias funestas del lujo, que consumiendo de un modo improductivo, impide la creación de honestas y módicas fortunas, llegando en muchos casos á destruir las mas sólidas y bien constituidas? En vano Enrique IV prohibió el uso de galones de oro y plata á sus vasallos, exceptuando á las rameras y galopines; en vano otro monarca previno en Alemania que los curas arrojasen de las iglesias á las mugeres que se presentasen en ellas con vestidos vanos, plumages ó escofietas: el lujo siguió su marcha. En nuestra nación las leyes santuarias han tenido el mismo resultado, como puede verse en Sampere. No, no es la prohibición la que extinguirá ó templará el lujo; no será una ley escrita la que cambie las costumbres de un pueblo como por ensalmo. La reforma debe comenzar por las familias: ilústrese á los hombres sobre sus verdaderos intereses y déseles una esperanza de medros realizables; será bueno, será económico y se aumentarán las riquezas bien distribuidas. Dunoyer ha probado brillantemente la influencia de la industria en la moral y en el bienestar de los hombres, y esa industria en tanto la considera un bien, en cuanto aumenta los capitales. Oportuno fuera ahora decir algo sobre las cajas de ahorros, así como sobre los medios mas conducentes para fomentar la educación pública, objeto uno y otro de nuestra especial predilección; pero en la necesidad de hacer-

lo con alguna amplitud, lo reservaremos para artículos por separado.

Siempre y sobre todo la doctrina y el ejemplo de las personas de clase. ¡Ojalá se formase de ellas una cruzada en contra de ese desacordado lujo, fomes del contagio universal que inficiona la sociedad, mortaja brillante que la envuelve y que en vano intenta ocultar los males que la abruman, el orgullo, el sensualismo, la codicia. Proseguirá de otro modo el descarrio, porque, como observa Comte, el hombre es de suyo remedador, y entre los hábitos del rico y los del pobre elige siempre los primeros.

El original escritor Campos supone que hay en lo moral una especie de atracción, que, semejante á la ley física, dirige siempre á los hombres á un centro comun de gravedad: este es el *visio*, el deseo de encontrarse entre las gentes de pró. Partidario, bajo cierto aspecto, del lujo, por creerlo en su sistema producto de la misma naturaleza, son notables las palabras del autor de la *Desigualdad personal*: nos decidimos á copiarlas. «Todo se arrumba por el flujo de hacer papel, por sonar, por hacer viso. Solo el pobre que profesa los preceptos de la disciplina mendicante, adopta el traje andrajoso, con que ha de exitar la compasión. Es bien corriente tratarse como estóicos en la casa para parecer epicúreos regalados en la calle. Las doncellas de mérito, entendimiento y conveniencias se entierran en vida, casándose gustosamente con cualquier sileno que las mantenga en ostentación. Pocos hijos y menos padres dejan de consultar para el matrimonio la razón de estado, esto es, los medios ó categoría en el un contrayente para no desdecir del otro por el viso.»

Solo la industria bien dirigida puede sostener al simple artesano y al hombre de limitados recursos en la esfera de sus relaciones sociales, y solo la moderación y prudencia en el goce de los consumos improductivos preservarles de caer en el abismo de la espantosa miseria. El rico siempre debe manifestarse en su porte exterior mejor que el que está colocado en una honesta medianía, y este mejor que el jornalero. «El lujo tiene un sentido legítimo, y al mismo tiempo una medida, que la decencia determina y la virtud hace adivinar. Hay en las sociedades bien ordenadas y en las civilizaciones bien constituidas un signo natural de la gerarquía social; cuando se halla contenido dentro de sus límites, completa el orden en vez de destruirlo».... (1) Y no por eso nos inclinamos á recomendar para las diferentes clases de la sociedad el uso fijo é inalterable de un distintivo, como el que por invención de Minerva se lee en el Telémaco y como en parte se usa en Levante: tal sistema, aplicable solo en la

(1) Conferencias del P. Félix en París.

utópia del canceller Moore, atajaria de todo punto el progreso de la cultura; solo queremos probar que es nécio empeño aparentar los aires del rico en la impotencia; que es vanidad irrisoria tenerse uno en mas de lo justo, porque ninguno que le conoce, le tiene en tanto. Lejos de conseguir viso y adquirir medros para el porvenir con la confusion de posibilidades, se empeora de condicion; porque el artesano, el jornalero, que pudo llegar á tener con sus ahorros una pequeña propiedad, deja de ser propietario de su mismo trabajo con sus malos consumos y hasta se rebaja de la condicion de jornalero. Si no puede sostener el lujo á su manera, en que se ha habituado á vivir, mentirá, engañará, estafará, será un hombre inmoral, obteniendo por último el desprecio de sus compañeros y la maldicion de sus victimas: lo mismo puede decirse del propietario que ostenta los aires del poderoso. En cuanto á este preciso es recordarle en el arrobamiento de su mentida felicidad que es muy difícil, por no decir imposible, hacer aceptar el misterio pacífico de la resignacion en el dolor al pobre que gime en la miseria, cuando se le insulta con el soberbio espectáculo de un lujo faustoso, que es la historia de nuestros dias, reflejado en esos banquetes, conmemoracion de las mesas de Atico y Rutilio (1), donde tal vez se liba con sus lágrimas, ya que no con su sangre; en esos trenes á porfia, que han dado tormento á la industria para que aderece al hombre una morada cual corresponde á su loca vanidad; en esos dispendios de todo género, cuya enumeracion demanda grandes guarismos..... No olvide que el exeso de su ostentacion es el preludio infalible de su ruina; piense y tema que la atmósfera que se crea, impregnada de orgullo, de sensualismo y de codicia, engendra nubes fatídicas, precursoras de horrenda tempestad.....

Pero despues de cuanto hemos manifestado, y que no creemos sea desmentido, pues su verdad y exactitud se halla en la conciencia de todos, lamentando todos las fatales consecuencias del lujo, todavia se predica que este es necesario para el desarrollo de la industria, que es una idea de verdadero progreso y civilizacion, que *dá de comer á los pobres*..... Traspasaríamos los límites de nuestro propósito, si intentáramos contestar, siquiera fuese someramente, á unas proposiciones, que por suponerse emanadas de la ciencia económica, se consideran por algunos como verdades de buena ley y dignas de un respetuoso acatamiento; además confesamos ingenuamente nuestra falta de precinacia para ello; permítasenos sin embargo, al menos, terminar nuestro trabajo de hoy completando la frase

de Rousseau: *pero sino hubiese lujo no habria pobres, y tambien repetir el dicho de un ilustrado profesor de Economía política: al lado del fausto y brillantez se halla siempre la pobreza desnuda y encorvada.*» Independientemente de todo, será una verdad, tratándose de la influencia de los consumos improductivos en el bienestar de la sociedad, que en cuanto al lujo su exeso es nocivo á todas las clases y su aspiracion sola un principio fecundo de inmoralidad, un abismo insondable de desgracias y de miserias para las menos acomodadas.

JUAN NEPOMUCENO BLASCO.

¡AMOR HOMICIDA!

A MI QUERIDO AMIGO C. SURICALDAY.

I.

Ya se escuchan los ecos
de los clarines,
y ya el palenque pisan
los paladines.

Todos son bravos
porque á todos un niño
los hizo esclavos.

Fuego el niño en sus pechos
traidor enciende,
dándoles nuevo brio
traidor los vende.

Mas ¿quién resiste?
¿Quién no cede á las armas
que el niño viste?

Son sus armas, de Aurora
miradas puras,
que matan y enloquecen
y dan venturas.

Ay! los enojos
dicha son si los causan
aquellos ojos.

Son sus armas las manos
de limpia nieve,
con que Aurora los premios
entregar debe.

¿Quién si las toca,
podrá tener á raya
la torpe boca?

Son sus armas los labios
tambien traidores,
do desdenes se encuentran
en vez de amores.

(1). Juvenal, sátira XI.

Labios que ocultan
dientes que á las mismas
perlas insultan.

Aurora allí es la reina
la mas hermosa:
no hay mujer que al mirarla
no esté celosa;
y alguna diera
por matar su hermosura
la vida entera.

II.

Otra vez suena el eco
de los clarines,
y á la lid ya se aprestan
los paladines,
que en su pujanza
flan, al ver la Aurora
de su esperanza.

Ya parten y se encuentran,
y al choque fiero,
son, como sus corazas,
de fuerte acero.

Se hacen astillas
sus lanzas, y ellos quedan
sobre las sillas.

Y otra vez y otras ciento
con furia insana
se buscan, se acometen...
Empresa vana!

Ninguno cede!
Ninguno á su contrario
derribar puede.

Ciegos ya de coraje
los campeones
desgarran los hijares
de sus bridones:
y un ay! que aterra
se escucha; que caieron
á un tiempo en tierra.

Pero pronto mil vítores
el viento atruenan,
y los jueces que siga
la lucha ordenan;
que la caída
fué por caer los nobles
brutos sin vida.

Ya otra vez á caballo
los caballeros,
se lanzan y se asestan
golpes tan fieros,
que se convierte
la lucha en un combate
formal á muerte.

Mas, súbito á los ecos
de los clarines,
el combate suspenden
los paladines;
que un caballero
para entrar el permiso
pide altanero.

III.

Entra; y en el semblante
de Aurora bella
se adivina que quiere
lidiar por ella.

Fijo él la mira,
mientras Aurora, solo
triste suspira!

Es el galan de Aurora
soberbio mozo.
Miranle amantes *ellas*,
y *ellos* con gozo:
que al ver su aliño
pretenden *ellas* y *ellos*
vencer al niño.

Viste un arnés brillante
de limpio acero;
y ostenta esta divisa:
Por su amor muero!

No hay una bella
que al mirarle, no anhele
ser su amor ella.

Y ya los paladines
que no vencieron
en dos prolijas horas
que combatieron
arman porfia
por obtener entrambos
la primacia.

Porque entrambos presumen
tan niño al verle,
que el primero que salga
ha de vencerle.

Mas ¡oh heroismo!
quiere luchar con ambos
á un tiempo mismo.

Torpes jueces aprueban
lo que propone
y al combate el mancebo
ya se dispone.

Mas, ay! Aurora
sin mirarle, la muerte
de su amor llora.

Ya todos los que asisten
á aquella fiesta
callan, en el valiente
la vista puesta.

No había mas luz que la que enviaba el último crepúsculo. Me acerqué á ella procurando no hacer el menor ruido, pues casi temia incomodarla. Ví que sus ojos estaban cubiertos de lágrimas, y esto me conmovió mucho. Deseé, como siempre, hablarle con la elocuencia de mi afecto, consolarla con el apasionado cariño de mi alma; pero tambien, como siempre, desistí de ello y procuré alejarme de su lado del mismo modo que me habia introducido á fin de no serle importuno.

Ella, sin embargo, se apercibió de que yo estaba allí; volvió los ojos y me vió.

¿Fué una ilusion la mia? Me pareció que sus ojos y su rostro se alegraban; me pareció que una verdadera afecion se retratase en su semblante; me pareció que el movimiento que hizo para tenderme la mano estaba hecho con suma benevolencia.

—¡Blanca!— exclamé osando estrechar aquella diestra con un vigor que jamás habia tenido.

Ella no respondió una palabra, pero mirándome siempre con un rayo de purísimo afecto me acercó así é imprimió un dulce beso en mi frente. Una emocion á la cual no estaba preparado, que no conocia, que nunca hubiera podido imaginar, invadió todo mi ser privándome, casi, del sentido. Cerré los ojos y quedé como un cuerpo inanimado sin poderle devolver aquel tierno y amoroso beso, pero sintiendo al mismo tiempo una dulzura indefinible.

Esta dicha solo duró un minuto. Luego ella me apartó ligeramente de su lado. Me levanté, ella hizo lo mismo; y sin cambiar palabra ni gesto alguno, se alejó lentamente dejándome solo, abandonado en una confusion de pensamientos sobre la cual, sin embargo, se traslucia la evaporacion de una eminente dicha que en aquel momento me hubiera atrevido á llamar sobre humana.

¿Me amaba? ¿Habia, por ventura adivinado mi secreto y habia querido premiar la devota humildad del amor mio, dándome antes de separarse de mí aquella esperanza, aquella promesa?

Preguntas eran estas á las que yo no podia contestar ni procurarme siquiera la respuesta.

Cuando volvió del campo á fines del triste otoño, restablecida su salud, era ya esposa. Su padre la habia casado con un jóven de buena conducta y que contaba con buenos medios de fortuna. Se decia que no era ni hermoso ni feo pero si, tan rústico como el mango de un hazadon.

¡Y yo que habia esperado su vuelta en medio de tantos deseos y de tanta ansiedad, pareciéndome el anuncio de su llegada el anuncio de una futura cadena de interminables placeres!

¡Y yo que durante todo el tiempo de su au-

sencia me habia embriagado con la memoria de aquel beso y el recuerdo de aquel abrazo!

El esposo llegó. Era alto, grueso y pesado; yo junto á él parecia un pigmeo. La primera vez que me vió me tocó la mejilla con aire de proteccion como se hace con un niño chico y me dijo riéndose groseramente:

—¡Ah; ¿es este el buen Guido? Ya te cozcoco, tunantillo: Blanca me habia ya hablado de su *pequeño amigo*.

Yo miré á la jóven con el rabillo del ojo y ví que se sonreia, como de costumbre, sin turbarse lo mas mínimo y enrojecí hasta las orejas.

¡Ella le habia hablado de mí.....! ¡oh! pensé seriamente en la idea de la muerte.

La noche que sucedió al matrimonio fué noche tan terrible para mí que no se como pude sufrirla. Lloré de rabia, mordi la sabana en los accesos de la fiebre para sofocar los gritos de mi dolor; sentí clavárseme las agudas puntas de los mas arraigados celos, en mi cerebro y en mi corazon.

Mi padre que dormia cerca de mí, me oyó desvariar, jemir y suspirar. Asustado profundamente, (pues era el que mas me queria) se bajó de la cama y corrió á mi cuarto con la luz en la mano.

Viéndome tan desfigurado se aterró.

—¿Que tienes, Guido?— me preguntó. Tú estas malo.

(Continuará)

DESCONSUELO.

Y encontré mi ilusion desvanecida.
y eterno é insaciable mi deseo;
palpé la realidad y odié la vida.....
¡Solo en la paz de los sepulcros creo!

—ESPRONCEDA.—

¿Quién como tu, madre mia?
ven é inclinate inocente,
quiero besarte en la frente
lo mismo que niño hacia,
Oye, madre, yo creía
en una mundana historia,
forjé acaso en mi memoria
una esperanza querida,
y ví que es humo la vida
como es mentira la gloria.

Alzé mis ojos al cielo,
atento mirando estuve,
y ví tan solo una nube
bajo las formas de un velo.
Dudé, te llamé mi anbelo,
me distes fé por hastío,

¿Por qué del cielo
no huyó el sol que alumbrara
tan cruel duelo.

IV.

Los dos acometiéndole
con furor nuevo
que les ataque impiden.
Pobre mancebo!

Ya sin defensa
que va á perder á Aurora
tan solo piensa.

Cobra valor y esgrime
la-ferrea lanza
y á uno de sus contrarios
el golpe alcanza.

Mas, descubierto
queda, y el vivo venga
súbito al muerto.

Y presto el eco ronco
de los clarines
anuncia que sucumben
dos paladines;

y que el dichoso
vencedor, de la hermosa
será el esposo.

Y todos apenados
de allí se alejan
y en el ancho palenque
dos muertos dejan.

Y el firmamento
de la tormenta envía
pesado aliento.

V.

Presto torrentes de agua
hinchaban el río,
y azota las encinas
viento bravío.

Y ya iracundo
Dios lanza en la tormenta
su voz al mundo.

Nadie cruza las sombras
de aquel desierto;
pero un bulto se mueve
cerca de un muerto.

Después el bulto
también en sombra oscura
yacía oculto.

¿Por qué del nuevo día
llegó la aurora,
si de Aurora la muerte

la ciudad llora?
Ah! homicida
amor! ¡Cuántos perdieron
por ti la vida!

CÁRLOS FRONTAURA.

Madrid.

LA MANO DE NIEVE,

POR

VICTOR BERSEZIO.

(CONTINUACION.)

—¡Cuanta bondad, cuanta resignación y cuanta virtud en aquella sonrisa!

—¡Me encuentras muy cambiada, no es verdad, Guido?—dijo ella tendiéndome su mano tan delgada y tan blanca que parecía transparente.

En aquel momento hubiera deseado arrojarle á sus pies, estrechar aquella mano sobre mi corazón, cubrirla de besos, decirle que la amaba, y llorar como un chiquillo.

Pero no hice nada.

Incliné la cabeza, toqué apenas las puntas de aquellos dedos y exclamé confuso:

—Solo te encuentro algo pálida, Blanca.

Su padre, el médico, opinó que para restablecerse su hija necesitaba viajar ó gozar los puros aires del campo y resolvió llevársela para la semana próxima.

Esta novedad fué un nuevo dolor para mí.

Lloré á escondidas y ya empecé á decir que era el mas infeliz de todos los hombres.

Una tarde—ah! esa tarde no se borrará jamás de mi memoria y por cuanto me sucedió después y me ha de suceder todavía, jamás podrá debilitarse en lo mas mínimo la impresión recibida—una tarde, iba diciendo, fuí á casa del médico.

Debían partir al día siguiente y era el último adiós que yo venía á dar á mis amigos y á Blanca.

El mes de mayo espiraba.

La temperatura era buenísima y el cielo sereno como un espejo comenzaba á hacer brillar algunas de sus estrellas.

Me abrió la puerta una criada y entré en el apartamento vecino al mío que conocía ya tanto como á este.

Llegué hasta la sala sin encontrar á nadie.

Blanca estaba sola sentada cerca de la ventana teniendo un libro en la mano derecha, abandonada esta sobre la rodilla, el codo izquierdo apoyado sobre el antepecho, la barba apoyada en la mano y la mirada dirigida al cielo.

Había estado leyendo hasta que la luz del día se lo había permitido; luego, al sobrevenir la oscuridad, había pasado de la lectura á dejarse arrebatar por sus ideas fantásticas.

de entónces con desvario
murmuro en cada oracion:
¡dejadla por compasion
siempre á mi lado, Dios mio!

Sin tí, mi madre ¿qué fuera!
estrella sin disco, ignota,
barquilla perdida y rota
léjos la verde rivera.
Un solo beso siquiera
y con tu cariño, fuerte,
¡atrás! gritaré á la suerte
y en ella mi encono fijo,
verás como lucha un hijo
cuando le espanta la muerte.

¡Oh madre, madre bendita!
perdí en pueriles antojos
las lágrimas de mis ojos
y ví mi virtud marchita.
Hoy que la duda me irrita,
en mí la esperanza abre,
has que mi pecho taladre
aquella sencilla fé
que en tu miradas busqué
y brilla en tus ojos, madre.

Mis años fueron mejores
cuando gozé siendo niño,
los besos de tu cariño,
las gracias de tus amores.
Despues, riquezas y honores
forjó la intranquila mente,
y al ver la fama pendiente
de una esperanza ilusoria,
maldije, madre, la historia
y hundí llorando la frente.

Vela madre mi agonía
y dame caricias varias,
si rezas, en tus plegarias
pide por mí, madre mia.
Yo, si te pierdo algun dia,
veré perdido mi amor,
será horrible mi dolor
pero daré en mi retiro,
á tu memoria un suspiro
y á tu sepulcro una flor.

M. R. B.

Málaga.

Solucion á la primera chara- da del número anterior.

Sin *ce* no hubiera comercio
ni menos cuentas corrientes.
El *San* no lo tengo yó;
en cambio San Juan lo tiene.
Mi *tia* dice que es malo
requebrar á las mujeres,
y del todo participo
hay ya veinte y cuatro meses.

UN SUSCRITOR.

Málaga.

Solucion á la segunda.

A....

Tuyo soy, *tuyo* seré,
tú mi porvenir serás,
y *yo* corresponderé
á ese bien que tu me dás.

A. D.

Málaga.

CHARADAS.

Prima y *segunda* convengo
que des que nació la tengo
triste y rara,
Si la muger que te altera
es *cuarta* y *primera*, muera
bajo el compás de una vara.

Formando grotescos coros
á *tercia* y *prima* cien moros
ván lijeros;
el *todo* de mi charada,
se vende por casi nada.....
la venden los confiteros.

SABINO POLVORIN.

OTRA.

Del sonido de tres letras
se compone mi charada,
siendo mi todo un tributo
que en efectivo se paga.

Editor responsable, D. Rafael Martos.

MÁLAGA.—Imp. de D. FRANCISCO GIL DE MONTES,
Calle de Cinteria, núm. 3.